

## La Edad de Piedra, Hoy

Saúl Paciuk

### Descriptores: ETNOLOGIA / CULTURA.

Entre montañas abruptas se extienden las selvas lluviosas de Mindanao, en el sur de Filipinas. Constituye el intocado e impenetrable santuario que dio refugio a un grupo humano que en nuestros días es el testimonio vivo de la edad de piedra: los tasadayos.

Un cazador de la tribu Manubo-blit los descubrió hace diez años y tuvo unos cuatro encuentros con ellos, todos lejos del hogar de los tasadayos. Llegó a persuadirlos de que salieran de la selva para conocer a un funcionario del gobierno filipino encargado de las minorías, con quien tuvieron varios contactos y al que consideraron “el gran portador de la buenaventura para los tasadayos” que habían anunciado sus antepasados. Finalmente, en 1971, admitieron que un grupo los visitara en su valle escondido.

Hasta entonces no se sabía cómo ni dónde vivían.

Uno de los integrantes del grupo fue Kenneth Mac Leish y aquí condensamos el relato que publicó en el “National Geographic” de agosto de 1972.

El cazador manubo y el funcionario filipino concertaron un encuentro con Balayem, un tasadayo que les serviría de guía. Luego que el grupo llegó al punto de cita en helicóptero, Balayem lo encabezó para llevarlos a su valle, que quedaba “no tan cerca ni tan lejos”. Los tasadayos no establecen senderos; anduvieron por el bosque hasta un arroyo, desde donde el guía señaló una abrupta colina. Un poco más adelante, entre troncos gigantes, la roca gris abría tres bocas directamente sobre el acantilado. Enfrente colgaban enredaderas; alrededor se apretaba la selva. Era allí.

Los visitantes llegaron al pie de la roca y se sentaron de modo de ser vistos. A poco, fueron asomando caras, marrones, de ojos oscuros enmarcados por largo cabello negro. Algunos fueron bajando, sonrientes. Los hombres desnudos, excepto un taparrabos de hojas de orquídea, delgados y musculosos. Las mujeres, jóvenes, con polleras de hojas y el pecho descubierto, bien formado. Se sentaron junto al grupo, respondiendo con sonrisas ante pequeñas caricias, mientras quienes ya conocían al funcionario filipino palmoteaban su espalda. Algunos niños se balanceaban al borde de la caverna y un muchacho de unos 10 años pendulaba en una alta rama flexible mostrando su destreza.

El grupo resuelve postergar para el día siguiente el ingreso a las cavernas y acampar algo más lejos. Varios tasadayos lo siguieron y en el campamento comenzó un diálogo a través de una cadena de doble traducción: el idioma tasadayo tiene similitudes con el manuboblit; una integrante de esta tribu lo pasaba al t'boli y de éste se traducía al inglés.

Preguntado cómo se compone el grupo Tasaday, Balayem, el guía, da los nombres de veinticuatro, al tiempo que chasquea los dedos. Parecen no tener números y dice “los hombres son” y nombra diez. De éstos [nombra cinco] tienen mujeres. La mayoría de los niños son varones. Balayem es el único que está solo, los otros tienen mujer, padre, madre o hermano.

No comparten las mujeres, una mujer y un hombre están juntos “hasta que su cabeza se pone blanca”. Ambos crían a los hijos, quienes maman hasta los tres años.

Hubieron otros grupos en la selva, dijo Balayem señalando en diferentes direcciones. Una de las mujeres del grupo Tasaday proviene de uno de ellos. Fue encontrada en la selva y traída a las cavernas. No sabe si estos grupos están aún, “sería bueno que estuvieran, podríamos encontrar más mujeres entre ellos”.

Han vivido siempre en las cavernas, “el padre de nuestro padre y su padre. Nuestro antecesor tuvo un sueño muy bueno allí, dijo que nunca dejáramos el lugar, que allí tendríamos sólo una pequeña tos pero que si nos íbamos nos enfermaríamos. Y si nos quedábamos, nuestro «portador de la buenaventura» vendría”. Sonríe entonces al funcionario filipino.

La comida ha variado desde que encontraron el cazador manuboblit. Antes la comida principal era un vegetal, el ñame, acompañado de bananas silvestres, flores, larvas de troncos podridos, renacuajos, ranas, cangrejos, pequeños peces. No tenían armas ni trampas para cazar, “nuestros antecesores eran amigos de los ciervos y los podían tocar, no matamos animales de la selva

Todavía comen todo eso, pero ahora tienen comidas nuevas. El cazador les enseñó a hacer trampas para cazar ciervos, monos, cerdos y ratones y les enseñó a ahumar la carne para conservarla. La carne “es buena, pero no la necesitamos”. Han recibido, sí, regalos que aprecian mucho: machetes, con los que cortan un árbol joven —el ubud— cuyo interior comen, y descortezan una palmera, cuyo corazón es machacado y cocinado para fabricar el natok, ahora su plato favorito.

A la mañana subieron a la caverna principal. Un arco de unos 5 metros de alto por 10 de ancho da acceso a una cámara de unos 15 metros de profundidad. En el fondo hay dos pequeñas fogatas y dos grupos en torno de ellas, asando raíces y cocinando al vapor renacuajos envueltos en hojas. Una suave brisa aleja el humo. En uno de los fuegos hay una pareja y sus cuatro hijos. En el otro, un grupo apiñado, del que se destaca un niño por su pelo rojizo y piel más clara, a quien se supone albino.

Los visitantes se sientan de inmediato y los hombres se les acercan para sentarse junto a ellos y abrazarlos. La rutina de la vida de caverna se expone a sus ojos.

Los bebés maman o están en brazos del padre y los niños orinan en el piso y trepan paredes como si fueran monos. Mientras tanto las mujeres asan pedazos de *biting*, un bulbo, dándolos vuelta con pinzas de bambú.

De a ratos, los moradores beben agua contenida en sectores de bambú apoyados contra las paredes de la caverna. Éstas no parecen haber sido trabajadas y los nichos naturales son usados para colocar astas de ciervo y mandíbulas de cerdo.

En un rincón hay tres hachas de piedra, que despiertan la mirada fascinada de uno de los visitantes, ante lo que un tasaday se las acerca. Son toscas, como las más antiguas de la Europa paleolítica. Cantos rodados partidos y apenas pulidos para hacer algo cortante el borde, atados con enredaderas en una hendidura practicada en la punta de palos de unos 30 cm. Las usan para abrir frutas duras, para romper troncos podridos, para abatir enredaderas; no sirven para cortar madera dura.

Hay otros utensilios de piedra, talas como escofinas para hacer cuchillos de bambú o para dar forma a las mechas de madera que les proporcionan fuego. Estas mechas

son una vara delgada que es colocada en el hueco de una madera. Un hombre la hace girar entre las manos y produce chispas que son alimentadas con hilos secos de fibra vegetal hasta hacer llama.

Lo enumerado parece constituir toda la cultura material. No hay implementos agrícolas, no cultivan, ni hay tela hilada. Tampoco conocen vicios como el tabaco. Sus vasijas son hojas y troncos de bambú, no hay alfarería.

Hacen trampas pero no cazan, no tienen armas ni palabra para guerra, diferencia con el hombre de Cro-Magnon, quien cazaba e incluía a los hombres entre sus víctimas...

No hay división del trabajo, cada uno hace lo que hace mejor. La comida se reparte y si escasea, los niños comen primero. No hay propiedad, todo es de uso común.

Según Balayem no tienen jefe, sino que deciden las cosas conjuntamente. Pero la impresión de los visitantes es que este joven huérfano influía sobre las acciones de los demás.

A la mañana siguiente tres tasadayos vinieron al campamento con una linterna que el funcionario les había regalado tiempo antes, diciendo que “no hace luz”, y éste le cambia las pilas... todos rieron asombrados cuando alumbró. Entonces uno acerca una madera al vidrio y luego de unos instantes la retira diciendo con tristeza, «no podemos vivir con esto, no hace fuego”. Le explicaron que servía para mostrar el camino por la noche y replicó que no deben salir de noche, por los peligros. Los hay aún de día: espinas, serpientes y la Gran Palabra, el trueno. Hay un pájaro cuyo canto les advierte cuándo no deben salir; si salieran, morirían.

El cuerpo del que muere es dejado en la selva, cubierto con *hojas*. No llevan a todos a un mismo lugar.

Un grupo fue al arroyo a procurar comida; no la buscan cerca de las cavernas porque esto traería mal tiempo. Sus ágiles movimientos son como los de gato o de mono, y con manos rápidas buscan bajo las piedras renacuajos y cangrejos, que van colocando en un cono hecho con una hoja de orquídea. Una vez lleno lo cierran y uno de ellos lo ata a su cintura con una enredadera. Entonces el grupo sube una empinada ladera en busca de biting, la raíz tan apreciada. Con los machetes cortan y afilan unos palos para cavar; mientras dos cavan, otro canta agradeciendo a la planta y el haber encontrado comida.

Vueltos a la caverna entregan todo a las mujeres, poniéndose algunos hombres a jugar con los niños, mientras otros se balancean encaramados en las enredaderas.

En unas dos horas reunieron comida suficiente para las seis personas de una familia y para Balayem. Si todo el grupo trabaja tan bien, pueden vivir en un área pequeña y ganarse el sustento en pocas horas, lo que les permite tener un prolongado ocio.

Los antropólogos han sostenido que los pueblos de recolectores deben pasar todo el tiempo luchando por las cosas más esenciales y emigrando al agotarse las provisiones en un área, y que no les resta tiempo para construir o inventar. Los tasadayos tienen hogar permanente y tiempo, y sin embargo no han creado ninguna tecnología. Quizá porque no les falta nada, excepto más mujeres. Salvo el machete de acero, todo cuanto necesitan lo encuentran en la selva desde hace siglos.

¿Cuántos? Algunos opinan que se trata de un grupo de manubos que se segregaron por unas décadas y que por el aislamiento perdieron su cultura. Pero la

lengua no hubiera podido sufrir tantas modificaciones en lapso *tan* corto, el *que* tampoco puede explicar el olvido de las artes de los manubos.

La hipótesis más verosímil es que siguen la forma de vida más antigua de las Filipinas. Que sería un ramal secundario o un vestigio del tronco común de las demás tribus de la región, que subsistió en estas condiciones por su total aislamiento. En esta hipótesis, su existencia separada data de 500 a 1.000 años.

Lejos ya de los tasadayos, Mac Leish refiere que escucha en su grabador (“ese pequeño negro que no nos gusta porque nos roba “la voz”, según los tasadayos) la despedida de Balayem. Toca su kubing, arpa de bambú que les regaló el cazador y único instrumento *musical* del grupo. Como si hablara para sí mismo dice, “si toco humbling es porque alguien está escuchando”.

R.N.-S.P.